

RECENSIONES

James C. Scott. *Against the grain: A deep history of the earliest states*. Yale University Press. New Haven, CT, 2017, 336 pp., 13 ils. b/n. ISBN: 9780300182910.

La aparición del Estado es el acontecimiento más importante en la historia política de la humanidad. Antes de hace unos 5500 años todas las sociedades humanas se organizaban exclusivamente mediante sus sistemas de parentesco. Esas sociedades consistían en unidades domésticas que disponían de los conocimientos necesarios para producir y reproducirse y que tenían acceso a los recursos naturales necesarios para esa producción. Por lo tanto, las diferencias entre individuos se limitaban a las de edad, género y atributos personales. A partir de entonces en Mesopotamia y después de forma independiente en Egipto, Asia meridional, China, Mesoamérica, Sudamérica andina y desde hace tan solo 250 años en Hawaii, sociedades organizadas sobre la base del parentesco fueron reemplazadas por sociedades de clase, con sistemas intensificados de producción, una división del trabajo especializada, acceso desigual a recursos, diferencias hereditarias de riqueza y poder y una organización política que garantiza estas desigualdades mediante un ejército, una religión eclesiástica y una burocracia fiscal que recauda y administra los recursos necesarios para mantener tales instituciones. Una vez establecido el Estado se extiende desde sus centros originales y en sus formas modernas industrializadas se ha tragado el mundo entero.

La naturaleza del Estado es el principal objeto de estudio de la Ciencia Política, pero su origen es uno de los temas de la Prehistoria (ya que el registro histórico aparece como un derivado de los requisitos burocráticos de estados ya existentes). James C. Scott es, según sus propias palabras, “*a card-carrying political scientist and an anthropologist ... by courtesy*” (p. x) que en sus obras anteriores (*The Moral Economy of the Peasant* [1976], *Domination and the Arts of Resistance* [1980], *Weapons of the Weak* [1985], *Seeing like the State* [1998], etc.) ha desarrollado una visión del Estado desde el punto de vista de sus clases oprimidas. En este nuevo libro Scott invade el terreno de la Prehistoria y la Arqueología antropológica y su perspectiva es particularmente útil porque va en contra de lo que (a pesar de considerables críticas recientes) la mayor parte de los estudiosos certificados en esas disciplinas siguen manteniendo como el relato dominante sobre el origen del Estado.

Para ellos, el Estado surge porque una organización jerárquica es necesaria para dirigir los sistemas de pro-

ducción e intercambio intensificados que le caracterizan. Según Elman Service (1978: 32), por ejemplo, “*Redistribution (and especially trade), military organization and public works were all basic in the classic civilizations, but all must have had small beginnings in the simple attempts by primitive leaders to perpetuate their social dominance by organizing such benefits [énfasis añadido] for their followers*”. Para Sahlins (1972: 140) un jefe hereditario “*creates a public good [énfasis añadido] beyond the conception and capacity of the society's domestic groups taken separately. He institutes a public economy greater sum of its household parts*”.

Esta visión corporativista, orgánica del Estado se remonta por lo menos a Platón y, por supuesto, Scott la rechaza por completo. El propósito de su nuevo libro es examinar el caso de Mesopotamia, el primer estado de la Historia, para demostrar su opinión de los beneficios y el bien público recibidos por los plebeyos: “*Much, if not most, of the population of the early states was unfree; they were subjects under duress. (...) Living within the state meant, virtually by definition, taxes, conscription, corvée labor, and, for most, a condition of servitude*” (Scott 2009: 9).

Su argumento central, y de ahí el título de su libro, es que la recaudación de tributos, el requisito esencial de cualquier Estado, depende del cultivo de cereales (trigo y cebada en el Cercano Oriente, arroz y mijo en Asia Oriental, maíz en las Américas). Estos cultivos son “legibles” en el sentido que Scott desarrolla en su *Seeing like the State*: crecen sobre tierra, se cosechan durante un intervalo previsible y se pueden almacenar a largo plazo, con lo cual pueden ser objeto de impuestos, diezmos, etc.

Scott empieza con un resumen brioso y perspicaz de como la especie humana llegó a depender del cultivo de cereales. El proceso se inicia con el uso del fuego por cazadores paleolíticos para concentrar el crecimiento de la nueva vegetación y por lo tanto de los herbívoros a los que cazaban. Esto lleva a su vez al establecimiento de campamentos más duraderos, al manejo sistemático de las manadas concentradas y al cultivo ocasional de granos anuales, es decir un proceso (la “Revolución neolítica”) que culmina con una dependencia completa de los amos sobre esas especies tan laboriosamente cuidadas y controladas. Scott expresa cierta perplejidad sobre las razones por las cuales los habitantes del Cercano Oriente tomaron el paso fatídico de cultivar granos: “*As long as there were abundant stands of wild foods they could gather and annual migrations of waterfowl and gazelles they*

could hunt, there was no earthly reason why they would risk relying ... on labor intensive farming and livestock rearing” (p. 63).

Su solución es suponer que ese paso ocurrió en lugares donde el cultivo no sería laborioso, es decir, donde se podía sembrar en tierras recientemente inundadas (como el delta mesopotámico). Esto es una nueva versión (sin cita) de la “Hipótesis del Oasis” de Gordon Childe.

El problema con esta propuesta es que ignora el hecho de que hubo revoluciones neolíticas en todos los continentes donde la agricultura era posible. Esto ocurre porque la movilidad necesaria para la caza y la recolección es incompatible con el almacenamiento a largo plazo: el cazador-recolector puede vivir con suficiente abundancia la mayor parte del tiempo, pero cuando llega un año malo (y tarde o temprano llegará), hay poco a lo que recurrir. Dicho de otra manera, la caza y la recolección en general no puede intensificarse. Pero cuanto más trabajo invierte un labrador o un pastor más produce y más puede almacenar en su granero o en su rebaño. La domesticación surge y, una vez establecida, se difunde inexorablemente precisamente por ser más laboriosa. Que la agricultura permita la extracción tributaria es una consecuencia imprevista de decisiones tomadas por agentes que, como dice Scott en otro contexto, “given their resources and what they kn[ew], [were] acting reasonably to secure their immediate interests” (p. 59).

Una vez que la agricultura se establece, existe ya la base para el Estado. “The embryonic state arises by harnessing the late Neolithic grain and manpower module as a basis of control and appropriation” (p. 118). Scott podría haber afinado este análisis citando a Childe (1951[1936]: 89-90): “All through the Near East the best sites were reclaimed with toil. Capital in the form of human labor was being sunk in the land. Its expenditure bound men to the soil; they would not lightly forego the interest brought in by their reproductive works”. Una vez que los agricultores neolíticos preparan sus campos, crían bueyes para ararlos y construyen sistemas de riego para darles agua, crean recursos productivos y generan excedentes que son de valor para otros y tienen que defenderse: *¿quis custodiet ipsos custodes?*

Que el Estado tiene su origen en el chantaje es fundamental en los argumentos de Scott en el resto del libro. Estos son que el cultivo de cereales (visibles, divisibles, almacenables y transportables) permite la imposición de impuestos, que el control sobre los excedentes almacenados y los plebeyos que los producen requiere el desarrollo de ciudades fortificadas y sistemas de contabilidad, y que varios tipos de servidumbre (desde el reclutamiento temporal a batallones de trabajo, pasando por peonaje endeudado, hasta llegar a la esclavitud directa) son necesarios para la recaudación de esos excedentes. Por otra parte Scott arguye que el hecho de que el Estado dependa de la coerción contribuye a su fragilidad en casos particulares. La explotación excesiva de los productores en primera instancia conduce constantemente a que estos se

escapen y, ocasionalmente, a que se subleven. Las reiteradas guerras necesarias para defender los excedentes (y obtener cautivos) pueden perderse y, si la mala gestión se combina con otros desastres probables (sequías, sobreexplotación del suelo, plagas en poblaciones concentradas en ciudades, etc.), los estados podrían derrumbarse (como frecuentemente ocurrió).

Desde mi punto de vista (como practicante certificado de las disciplinas que Scott invade), su énfasis sobre “which class ensures its economic security at the expense of whom” (p. 206) constituye un alternativa saludable al funcionalismo panglosiano de demasiados de mis colegas. Sin embargo, su perspectiva debería ampliarse a los estados arcaicos fuera del Oriente cercano y lejano. La idea de Scott de que “history records no sago, yam, taro, plantain, breadfruit, or sweet potato states” (p. 21) es un error puro y simple. Los cultivos principales del reino yoruba eran la batata y la mandioca. En el estado inca y en sus predecesores en la Sudamérica andina los campesinos entregaban la mayor parte de sus tributos en forma de patatas. Y el estado prístino que el capitán Cook encontró en Hawaii cultivaba boniato y taro en sus campos aterrados y regados, pero ningún cereal. Como Childe ya sabía, la inversión de capital en la tierra es la que permite a los señores enjaular a sus plebeyos.

La condición de los plebeyos en los estados pre-industriales da amplio pie a las simpatías anarquistas de Scott. En su discusión en el último capítulo de las sociedades que se desarrollaron en la *periferie* de los estados arcaicos (*The Golden Age of the Barbarians*), él mismo reconoce, sin embargo, que la vida fuera del Estado presentaba dificultades. Puede ser que los bárbaros en las montañas del Zagros o en la Germania libre tuvieran vidas más largas y saludables que los plebeyos de una ciudad-estado en Mesopotamia o del Imperio romano, pero esos bárbaros eran la principal fuente de los esclavos importados por esos estados. La falta de centralización política no es lo mismo que la ausencia de jerarquías: algunos bárbaros eran más iguales que otros. En un Estado, los miembros de la clase dirigente, si gestionan sus propios intereses con inteligencia, deben (hasta cierto punto) cuidar del bienestar colectivo de sus súbditos: quieren poder explotarles en el futuro. En un cacicazgo, el jefezuelo se interesa solo por el bienestar de sus propios seguidores. No hay ejemplos en la Historia de sociedades en las cuales sea posible una acumulación diferencial de riqueza y no haya a largo plazo jerarquías hereditarias, pero las jerarquías estables e institucionalizadas tienen sus virtudes. Un anarquista prudente no querría vivir en Somalia.

Childe, V. G. 1951[1936]: *Man makes himself*. Mentor Books. Nueva York.

Sahlins, M. 1972: *Stone Age economics*. Aldine. Chicago.

Scott, J. C. 2009: *The art of not being governed: an anarchist history of upland Southeast Asia*. Yale University Press. New Haven.

Service, E. R. 1978: “Classical and modern theories of the origins of government”. En R. Cohen y E. Service (eds.): *Origins of the state: the Anthropology of Political Evolution*. Institute for the Study of Human Issues. Philadelphia: 21-34.

Antonio Gilman. Dept. of Anthropology, California State University, Northridge. CA 91330-8244. EE.UU.
 Correo e.: antonio.gilman@csun.edu
<https://orcid.org/000-0002-7547-402X>

Raimon Graells i Fabregat y Alberto J. Lorrio Alvarado. *Problemas de cultura material: broches de cinturón decorados a molde de la Península Ibérica (s. VII-VI A.C.)*. Publicaciones Universidad de Alicante, Serie Arqueología. Alicante 2017, 272 pp., 200 figs., 14 láms., 1 gráf. + diversos apéndices. ISBN: 978-84-9717-515-9.

La importancia de este libro está precisamente en la reivindicación útil y necesaria del estudio de lo que los arqueólogos llamamos “la cultura material”. Este consiste en agrupar y considerar todos los objetos hallados, clasificarlos y catalogarlos para llegar a concretar tipos y prototipos de cada clase. Los autores se interesan en la problemática actual del denominado “broche de cinturón con decoración prevista en el molde”, un tema recurrente en los trabajos arqueológicos y cuyo interés parece menguar hoy día. El estudio de los objetos que forman la cultura material de cualquier yacimiento debe renovarse y valorarse, dada su enorme importancia en Arqueología, sobre todo, si se tienen en cuenta disciplinas como la Etnología, la Historia, la experimentación, etc.

El principal fin de estudiar un objeto va cambiando y, en el caso de los broches mencionados, se valora su producción, comercio, reparación y perdurabilidad. Esta obra los hace atractivos al presentarlos bajo varios criterios de tipo material, formal y funcional. Se aparta de conceptos preconcebidos a la hora de formular un catálogo tipológico y poder llegar a los elementos diacríticos, que van desde el origen del objeto hasta su motivación creativa, aprovechando toda la información del objeto en sí para su reconstrucción histórica.

Los broches de cinturón, junto con los botones, las fíbulas serpentiforme, las de doble resorte y las de resorte bilateral y las agujas, también relacionados con la vestimenta, aparecen por primera vez en la península ibérica durante el período de transición a la Edad del Hierro *stricto sensu* (en torno al siglo VII a. C.). Se encuentran sobre todo en equipos funerarios, en un momento de variados y numerosos elementos por tumba, que destacan por un aumento de objetos de bronce, un cambio total de formas cerámicas y la incorporación de los primeros objetos de hierro. Los más repetidos son el cuchillo y los elementos de dominio y ornamentación personal. Es un momento genial para conocer un creciente proceso de diferenciación social, y por lo tanto este libro aprovecha muy bien esta oportunidad.

La introducción de la obra muestra la historia de los estudios tipológicos del broche que han pasado de la simple descripción morfológica y funcional a una aproxi-

mación científica con criterios de clasificación compleja. La pieza está bien repartida por la península ibérica y, en especial, por la costa mediterránea y la Meseta oriental. Se ha estudiado desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, en general, vinculando su distribución con influencias externas. Las más de 400 referencias citadas recogen desde estudios específicos a otros más numerosos de tipo regional.

La propuesta de clasificación tipológica de los broches de cinturón de garfios de R. Graells y A. L. Lorrio me parece relevante, aunque se refiere en concreto a los broches de cinturón de un solo garfio y escotaduras (abiertas o cerradas). Este grupo tiene prevista en el molde la decoración de las piezas, un rasgo que ha resultado básico para la realización de los tres catálogos reunidos en la parte 3 (pp. 151-226). Las diferentes partes de un broche, bastante conocidas, se resumen en 6 puntos clave además de la decoración, si bien se ordenan las partes (aquí códigos) para dar nombre a los diferentes grupos. El número de garfios establece los tipos, mientras la placa, el talón, las escotaduras, los apéndices laterales, el sistema de fijación y la decoración caracterizarán los subtipos. Cada uno de ellos admite pequeñas variantes que responden a la impresión y espontaneidad del productor artesanal, especialmente en la decoración. Parece un ordenamiento lógico, de lo particular a lo global, para la clasificación de todos los broches de cinturón con garfio.

La parte 2 del libro es su núcleo principal (109 pp. y 70 figs.). Un capítulo combina una aproximación tipológica a las variantes del tipo Acebuchal clásico (C.II de Cerdeño 1978 /B.I.D1 de Lorrio 1997 y alguno más) (en Catálogo A) con otra tecnológica basada en la fundición en moldes de piedra que puede completarse con otras técnicas de carácter decorativo. Los sistemas de fijación del broche están bien considerados como elementos técnicos y cronológicos. El apartado acerca de la decoración es uno de los más atractivos y geniales, a pesar de que la variedad de los motivos expresados en todas las partes del broche, complica la catalogación y es un probable inconveniente para utilizarla en nuevos casos. Esta complejidad se suaviza con los maravillosos dibujos que incluye el capítulo. Le sigue otro sobre “producciones emparentadas”. Destaca el probable antecedente del broche “tipo Fleury” (topónimo del primer hallazgo en Francia) con un garfio y decoración calada. Es uno de los más antiguos conocidos y se concentra mayoritariamente en el Golfo de León, entre Cataluña y el sur de Francia a finales del siglo VII, un momento muy próximo a la llegada de comerciantes mediterráneos. Este capítulo incluye también otros objetos exóticos que aparecen coetáneamente al broche anterior, así como otro tipo con uno o más garfios, que conllevan la aplicación de una lámina decorativa en rebajes previstos en el molde (incluidos en el catálogo CAT.C). Es evidente que esta pieza está acoplada a otra y que irían unidas a una lámina de bronce u otro material mediante una base orgánica. Para ambos términos se emplea el binomio “parte activa-pasiva” o “macho-hembra” binomio este último que deberíamos olvidar.

Finaliza la parte 2 con capítulos, tan interesantes como complejos y discutibles, acerca de la cronología de los broches, y el uso y estatus social de sus portadores. El broche es un objeto bien trabajado con buena mezcla de cobre con altos contenidos de estaño (estudio analítico de Ignacio Montero). Es un indicador de estatus social, de riqueza, de edad y de género de quien lo porta, como muestra su hallazgo mayoritario en necrópolis.

La parte 3 corresponde al catálogo de los broches estudiados, contextualizados o no. Los autores plantean algunas preguntas iniciales que quisiera abordar someramente. Todos los objetos arqueológicos con forma, fragmentados o no y contextualizados, cualquiera que sea su materia, merecen un estudio morfológico, tipológico, cronológico y funcional. Las piezas descontextualizadas son dignas de catalogación si cuentan con un interés adicional de carácter estético o museístico-artístico. Los broches están agrupados en tres catálogos organizados por áreas geográfico-culturales (apartado 2, cap. VII). Cada grupo se acompaña de mapas de distribución de muy buena calidad y agradable a la vista, así como de una ficha con una imagen de cada pieza. El CAT. A. “Catálogo de broches de garfios con decoración prevista en el molde” (Tipo 1.1.1a.1.1/2.4/1/2.2) se corresponde con el tipo C.II de Cerdeño 1978 y B.1.D.1 de Lorrío 1997. Es el más numeroso, con más de 80 piezas, concentradas en el noreste de la península ibérica y en la Meseta Oriental. El CAT.B. “Broches de placa cuadrangular con decoración prevista en el molde” (Tipo 1.6.4.1/3.1/2.4.1/2/3/7b.A-B) incluye variantes de placa cuadrada o rectangular sin escotaduras y un garfio, incorporando una decoración a molde, que suele complementarse con otras técnicas decorativas. Está circunscrito al Valle del Ebro y la Meseta Oriental, con unas 13 piezas. Finalmente el CAT. C. “Broches con aplicación de lámina decorativa en rebajes previstos en el molde”, incluye piezas de uno a seis garfios, tipológicamente más evolucionados.

Finaliza el libro con el análisis metalográfico elemental de 22 broches, cuyos resultados son pequeñas variantes de composición, elaborados con una buena mezcla de cobre y estaño. Solamente difiere el ejemplar de la necrópolis de La Olmeda-Guadalajara (cat. B, N.º.5). Acaba con un estudio tecnológico de dos broches de cinturón de la Fonteta (Guardamar del Segura) y de Monte Bolón (Elda). Esta investigación acerca del procedimiento de elaboración de un objeto debería ser básica en cualquier descripción del objeto en sí y todavía no es suficientemente estimada.

Se agradecen unas conclusiones muy concisas, en las que se resalta la importancia del estudio de los broches de cinturón y en general del análisis de la cultura material. La revisión de conjunto de estos elementos propios de la vestimenta permite proponer una evolución desde los más antiguos del “tipo Fleury” en el Golfo de León y NE peninsular, al circuito del sur con el “tipo Acebuchal”. Más tarde se desplazarían hacia el interior peninsular, especialmente en el este meseteño, con morfologías y técnicas decorativas más variadas. El libro está bien escrito y muy bien ilustrado, lo que invita a interesarse por el tema.

Enriqueta Pons Brun. Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona (arqueóloga colaboradora). C/ Pedret 95. 17007 Girona. C/ Rutlla 99, 4b. 17003 Girona (particular) Correo e.: eponsbrun@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-6833-6462>

Ignasi Grau Mira, Iván Amorós López y Josep M.^a Segura Martí. *El santuario ibérico y romano de La Serreta (Alcoi, Cocentaina, Penàguila). Prácticas rituales y paisaje en el área central de la Contestania.* Ajuntament d'Alcoi-Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó. Alcoi, 2017, 237 pp., il. col. ISBN: 978-84-16186-14-3.

Recuperar y dotar de nuevos contenidos a un espacio arqueológico con un recorrido de un siglo de investigaciones no es tarea fácil, pero en ocasiones nos encontramos ante fantásticas excepciones, como la obra que tenemos delante. Esta reciente publicación se gesta desde la colaboración entre la Universidad de Alicante y del Museu Arqueològic Municipal Camil Visedo Moltó, orientada a la revitalización de un asentamiento excepcional y emblemático de las sociedades ibéricas: La Serreta de Alcoi. Pero va más allá, porque quien observa con cierta perspectiva pronto percibe que estas investigaciones han superado la fragmentación historiográfica y se han traducido en actuaciones directas y análisis sistemáticos que atañen a un territorio que se ha convertido en punto de referencia (juntos a otros asentamientos de la zona, como el Puig de Alcoi) para analizar el poblamiento en época ibérica.

De manera específica, este libro se centra en la ‘montaña sagrada’ que, como indica Antonio Francés, alcalde de Alcoi, en el prólogo a la obra, se muestra en su perfil fosilizado, identificando a un territorio, a una ciudad que ‘se reconoce orgullosa en su patrimonio’. Sin duda, el perfil de La Serreta ha sabido acoger e identificar a las comunidades que habitaron su entorno durante miles de años, erigiéndose como un símbolo que agrupa una historia propia, también en lo relativo a las experiencias religiosas, vividas en momentos distintos. Este es, desde mi punto de vista, uno de los grandes valores y aciertos de esta publicación: focaliza su interés en una temática pero lejos de mantener una perspectiva restrictiva, incorpora la visión diacrónica, esencial para comprender algunos procesos relacionados con la religiosidad. Precisamente interesa remarcar que se trata de una lectura de procesos, de la que poder inferir aspectos relacionados con los cambios en las formas de apropiación religiosa del espacio. Así, esta obra se impregna de nuevas preguntas y perspectivas de análisis del registro arqueológico que identifican planteamientos vanguardistas.

La monografía se organiza en tres bloques generales que reflejan las distintas escalas de aproximación al espacio religioso de La Serreta, en el que tienen un papel fundamental las lecturas sobre el territorio.

El primero introduce a una lectura de contexto, que incorpora los posicionamientos teóricos y se aproxima a la propia historia del sitio. En él se aborda el necesario análisis historiográfico, desde los primeros hallazgos, pasando por las destacadas actuaciones de Camil Visedo Moltó y de Vicente Pascual, para desembocar en las más recientes intervenciones. Se desarrolla un detallado recorrido por las excavaciones realizadas, así como por los estudios y publicaciones que han contribuido a configurar el esquema interpretativo de este santuario. Además, supone una aproximación al elenco de hitos principales, al mismo tiempo que un estado de la cuestión sobre el sitio, incidiendo en aspectos relevantes e inacabados, como el conocimiento de la colección de terracotas de este santuario.

El apartado de los planteamientos teóricos incluye algunas de las líneas más novedosas de análisis de las manifestaciones religiosas en las sociedades ibéricas. Uno de los aspectos tratados —de gran importancia— tiene que ver con la ritualidad, abordada desde la certeza en la viabilidad de análisis de los canales de expresión ritual. Todo ello como una variable más para analizar los mecanismos de socialización y de agregación, leídos desde perspectivas múltiples, pero teniendo como referencia el sentido de la comunidad como protagonista de los procesos históricos. Procesos que dejan huella, que se fosilizan en el paisaje que, a su vez, dota de forma y contenido a las narrativas míticas y religiosas que contribuyen a codificar el culto, tal y como recogen los autores.

La segunda parte del libro plantea una reinterpretación de datos antiguos, a partir de dos grandes ejes: el estudio del espacio y de algunos materiales fundamentales. El análisis espacial y arquitectónico se convierte en clave para dilucidar la transformación de las prácticas religiosas en La Serreta. El foco de la dinámica religiosa se comprende desde la ocupación en el extremo oeste, para la que se propone una primera fase de uso como lugar de culto al aire libre (siglo III a. n. e.) que posteriormente es resignificado en un espacio sagrado de época romana. Además se incorporan otros ámbitos, como el Sector A, ocupado en época romana, al que se le aplica un análisis del diseño edilicio que resulta clave para la comprensión e incluso para la afinación cronológica. El contraste con otras áreas ibéricas, como parte del método, es una constante en el libro, en la búsqueda de la comprobación de los procesos por encima de los hechos singulares.

Gran interés tiene el análisis de las terracotas, en el que se incorporan dos importantes colaboraciones, las de Mireia López-Beltrán y Gianni Gallelo. Lejos de reducirse a un catálogo de materiales, este análisis se aborda desde la dialéctica entre el espacio y el paisaje. Partiendo de los sistemas de producción, que adquieren una función destacada (contando con tests específicos relacionados con la composición y procedencias de las arcillas empleadas), este estudio supera los férreos límites de lo formal para profundizar en los procesos de fortalecimiento identitario a través de la representación votiva. Por ello, el análisis de la gestualidad y de los comportamientos

rituales ocupa un espacio relevante. Muy interesante a nivel metodológico es lo que los autores definen como los “mapas de corporalidades”, en una línea muy novedosa en el contexto ibero, que tiene como objetivo el estudio de la propia percepción de los cuerpos en estas sociedades. Signos formales y símbolos rituales o elementos que aluden al género o a la edad, se definen a través de las propias decoraciones de los cuerpos que, como se observan en otros contextos, son fundamentales para la comprensión del rito. Bajo estos planteamientos se incorpora la variable temporal en el análisis, en la medida en que la apariencia física implicada en el ritual cambia y se organiza en estadios, contribuyendo a ‘construir a las personas socialmente’. Las lecturas son complejas y los autores se posicionan interpretativamente aludiendo a ámbitos simbólicos diferentes: el de los antepasados que complementa el espacio de las rogativas que contribuyen a la cohesión social; el espacio ritual y social de la iniciación y, por supuesto, el ámbito de representación de la divinidad. La lectura diacrónica sigue presente y es necesaria para ‘ordenar’ un conjunto material adscribible a una horquilla cronológica que va del siglo III al I a. n. e.

El último apartado aborda temas variados en los que siempre está presente la comprensión de las dinámicas del paisaje, a partir de análisis exhaustivos que culminan en la aproximación a los procesos de cambio cultural y social en torno al hito que es La Serreta, a los que se incorporan los mecanismos de relación ritual de diferentes zonas (peregrinaciones desde áreas rurales, movilidad territorial, etc.). De esta forma, resultan muy sugerentes algunas propuestas como la que hace referencia a los cambios producidos en el siglo III a. n. e. que desembocan en nuevas estrategias ideológicas que convierten a esta ciudad ibérica en lugar central en la propia ordenación y regulación del culto. En este contexto se integran las lecturas sociales, profundizando en los análisis de identidad e identificación social. La propia evolución territorial se llena de contenido a través del análisis de procesos que creo de gran relevancia. Algunos de ellos tienen que ver con el cambio y la selección meditada de la ofrenda ya en época romana, que conduce a la revitalización de la imagen de la divinidad. Es importante contextualizar este tipo de transformaciones, como hacen los autores, en la medida que ayuda a reconstruir el mapa de situaciones, altamente heterogéneas, de transformación religiosa post-Segunda Guerra Púnica. Mapas de procesos que responden a dinámicas de carácter local, en las que median recursos propios que permiten definir las formas de romanización de los territorios iberos y cómo se plasman en el culto, alejándose de los modelos ideales que contraponen la realidad indígena a la exógena, como un binomio cerrado. La conclusión de este libro incide en estos planteamientos y aboga por el análisis de un proceso histórico local.

Desde un punto de vista formal cabe destacar la cuidada edición de este libro, que incorpora un corpus amplio de imágenes a color, entre las que destacan las magníficas fotografías aéreas de La Serreta, que abren los diferentes capítulos.

Considero que esta publicación se convertirá en poco tiempo en una obra de necesaria consulta, ya que pone de manifiesto la importancia y utilidad de superar los anquilosados modelos historicistas y de reformar las interpretaciones a partir de planteamientos teóricos nuevos. Un ejemplo de la renovación en el análisis de la religiosidad íbera que se convertirá en referente indiscutible. También debe destacarse el valor del trabajo y colaboración colectiva entre instituciones diferentes que contribuyen a la revalorización de un espacio de gran trascendencia

en el paisaje social actual. No imagino mejor homenaje y conmemoración del centenario del descubrimiento arqueológico de La Serreta que esta mirada al pasado que es, sobre todo, una mirada al futuro.

Carmen Rueda Galán. Instituto Universitario de Investigación en Arqueología Ibérica, Universidad de Jaén. Campus Las Lagunillas s/n. 23071 Jaén.
Correo e.: caruegal@ujaen.es
<https://orcid.org/0000-0003-2531-7197>